Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

VALOR DE LA FE CRISTIANA

¿Por qué creer lo que no vemos?

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica

D.L.: M-13.387-1988
I.S.B.N.: 84-7770-121-0

Impreso en España
Gráficas FUTURA, S.C.L.
Villafranca del Bierzo, 23
Fuenlabrada (Madrid)

PRESENTACION

Al ver que muchos de los hombres de hoy van caminando por este mundo sin fe, sin religión y sin Dios, se impone el señalarles una orientación, una ruta a seguir, el camino de la fe, como enseña San Agustín "camino sano y seguro por el cual deben caminar las almas para ir adelante en la virtud".

Reconociendo la suma importancia del tema de la fe, cabe preguntar: ¿Qué es la fe cristiana? ¿Sobre qué cosas versa esta fe? ¿Cómo es posible creer en tantas que son suprasensibles? ¿Ha hablado Dios a los hombres revelándoles sus voluntades para que le creamos?...

Vamos a contestar a estas preguntas, y si reconocemos que de hecho Dios ha hablado, forzosamente hemos de creerle, porque Dios no puede ni engañarse, ni ser engañado, ni engañar, por cuanto El es infinitamente sabio, la suma Verdad, la suma Bondad y la suma Santidad.

Cerciorados del valor de la fe, veremos que ésta es una luz divina concedida a los hombres para que dirijan sus pasos al fin para el que Dios los ha creado.

Muchos viven por desgracia en las tinieblas del error; mas "así como no son suficientes todas las estrellas, aunque den alguna luz de noche, para desterrar del todo las tinieblas y oscuridad, y sólo el sol destierra la noche, así sólo la fe quita la ignorancia de las cosas divi-

nas, por lo cual la hemos de tener por tan necesaria, como el sol para el mundo" (Hernando de Santiago).

"Dichoso aquél que creyendo rectamente vive bien, y viviendo bien conserva la fe recta".

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 enero 1988.

LA FE CRISTIANA

Planteamiento del problema de la fe

Este planteamiento es de suma transcendencia para comprender qué entendemos por fe, cuán grande es su necesidad y por qué hemos de creer cosas que no hemos visto y se nos proponen como verdades reveladas por Dios...

Empecemos fijándonos en esta escena evangélica. Jesús sube a una barca con sus discípulos. Se levanta una tempestad y las olas cubren la barca. El se queda dormido, y los discípulos aterrados lo despiertan diciendo: *"Señor, sálvanos que perecemos"*. Y levantándose mandó al viento y al mar alborotado: *"Calla, cálmate"*. Y se aquietó el viento y se hizo una completa calma (Mc. 4, 37-41).

Los apóstoles al ver este gran milagro, llenos de temor, se decían:

"¿Quién es Este, que hasta el viento y el mar le obedecen?".

¿Quién es Este? Ved así planteado el problema de la fe. ¿Quién es Jesucristo para que creamos en El? ¿Qué doctrina es la suya?

He aquí, pues, la pregunta más interesante: ¿QUIEN ES JESUCRISTO?

— *El mismo Jesucristo* hizo un día esta pregunta a

sus discípulos: *"¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos contestaron: Unos, que Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías u otro de los profetas. Y él les dijo: Y vosotros ¿quién decís que soy? Tomando la palabra Simón Pedro, dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo"* (Mt. 16, 13-16).

El apóstol Pedro, inspirado de lo alto, dijo que Jesucristo era el Mesías esperado por Israel, y además que El era Dios (pues decir: Hijo natural de Dios equivale a decir que era Dios, porque tenía la misma naturaleza del Padre, esto es, el Hijo natural de Dios es Dios, como el hijo natural de un hombre es hombre).

— *Igualmente tenemos la confesión de Juan Bautista,* quien estando en la cárcel habiendo oído los milagros que hacía Jesús, le envió mensajeros para le preguntasen si realmente El era el Mesías prometido o si tenían que esperar a otro. La respuesta de Jesucristo, una vez hechos varios milagros delante de ellos, fue ésta: *"Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados..."* (Mt. 11, 2-5). Con dicho milagros les dio prueba evidente de que El era el Mesías y Dios, porque El sólo es obrador de milagros.

Otros testimonios acerca de Jesucristo

— Los judíos vieron estos milagros, y le oyeron decir a Jesucristo que El era Dios, pues les dijo: *"YO Y EL PADRE, somos una sola cosa"* (Jn. 10, 30), y como no le creían, al recoger ellos piedras para apedrearle, les añadió: *"Muchas obras milagrosas os he mostrado de parte de mi Padre ¿por cuál de ellas me apedreáis?"*. Los judíos le respondieron: *"Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú siendo hombre te haces Dios"*. Entonces Jesús les replicó: *"Si*

no hago las obras de mi Padre, no me creáis, pero si las hago, ya que no me creáis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí y yo en el Padre", esto es, para que sepáis que yo soy Dios (Jn. 10, 24-38).

— También declaró solemnemente ante Caifás, que El era el Mesías y Dios. Caifás era aquel año el Sumo Sacerdote y le dijo a Jesús:

"Te conjuro por Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios bendito". Jesús le respondió: "Tú lo has dicho: así es en verdad". Y añadió con Majestad soberana:

"Os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre, sentado a la derecha del poder de Dios, y venir sobre las nubes del cielo".

Y porque Jesús se proclamó Hijo de Dios e igual a Dios, ellos dijeron: *"Ha blasfemado... reo es de muerte"* (Mt. 26, 63-67).

Los Evangelios nos dicen de Jesucristo que es Dios y hombre a la vez, que *"jamás persona alguna ha hablado como este hombre"* (Jn. 7, 46) y que El es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn. 4, 22).

En consecuencia: Jesucristo es Dios, porque lo demostró con sus palabras y con sus obras y milagros, especialmente con el de su resurrección, apareciendo así como dueño de la vida y de la muerte. (Véanse mis libros: *"¿Existe Dios?"* y *"Los interrogantes de la Religión"*).

Algunos tal vez digan: Vemos que Jesucristo vino a la tierra y demostró que era Dios; mas ¿qué sabemos de Dios antes de la venida de Jesucristo?

A esto diremos que el hecho más incontestable de la historia es éste: desde que existe la humanidad, existe en ella la creencia de un Ser Supremo, que es el creador de cuanto existe, pues de El nos habla la creación entera. Como dijo Tertuliano: «La creación ha sido

cual libro divino; ha sido una verdadera Biblia natural para todas las almas grandes».

Por la Biblia y la naturaleza Dios nos habla

Dios nos habla. Este es un hecho histórico de gran transcendencia.

1) *Dios nos habla por medio de la Biblia.* Y así vemos que nos habló primeramente por medio de los profetas y luego por su Hijo Jesucristo (Heb. 1, 1-2).

(Las palabras que Dios nos dijo por medio de los profetas las tenemos en los libros del Antiguo Testamento, y las dichas por Jesucristo las tenemos en el Nuevo, especialmente en los Evangelios).

La revelación divina nos fue, pues, hecha por Dios, primero y parcialmente a través de los Profetas; después de un modo pleno por Jesucristo. Pues El es la fuente y plenitud de la revelación. El es el Verbo, la Palabra del Padre, que se encarnó y se hizo hombre, y fue enviado a la tierra y conversó con los hombres.

La Biblia, por tanto, contiene y es la palabra de Dios, y a través de ella, El nos habla.

2) *Dios nos habla por la naturaleza.* Nos habla sin palabras ni frases: *"Los cielos pregonan la gloria de Dios y el firmamento anuncia las obras de sus manos"* (Sal. 19, 2).

La creación entera pregona su poder y su divinidad: *"Lo cognoscible de Dios es manifiesto... porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las criaturas".* (Rom. 1, 19, 20).

Sin Dios no se puede explicar la existencia del mundo.

En el libro de Job leemos: *"Pregunta a las bestias y ellas te enseñarán; a las aves del aire y te lo dirán; a los reptiles de la tierra y te instruirán, y te lo harán saber*

los peces del mar. ¿Quién no ve todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de Dios que es el Dueño de todo viviente, y el espíritu de todos los hombres?" (12, 7-10).

Y en el libro de la Sabiduría: *"Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice"* (13, 1).

Sabiendo, pues, quién es Dios y que El nos ha hablado, y conociendo a Jesucristo, Dios humanano, y cuál es su doctrina, nuestro deber es creer en El y por tanto en su doctrina. Ahora, después de todo lo anteriormente dicho, entenderemos mejor qué es fe y empezaremos por dar su definición.

¿Qué es la fe cristiana?

Queda expuesto el verdadero problema de la fe, que consiste en saber "*¿Quién es este hombre?*", o sea, quién es Jesus de Nazaret para que creamos en El (Mc. 4, 41).

Empecemos distinguiendo entre *fe humana* y *fe cristiana. Fe humana* es la que se funda en la palabra de Dios, y es de la que aquí tratamos. Y ahora digamos:

¿Qué es fe cristiana? Fe cristiana es creer en Jesucristo, aceptar su persona y su doctrina; es dar una respuesta favorable a la Palabra de Dios; es creer o tener por cierto lo que no hemos visto porque Dios lo ha revelado.

Notemos bien ahora que fe cristiana no es creer en *algo*, sino en *alguien*, es decir, antes que creer en una cosa o una verdad, tenemos que creer en el autor de esa verdad, conocer bien su autoridad, y por eso decimos que *fe cristiana es ante todo creer en la persona de*

Jesucristo, que es Dios, y por su autoridad creemos en las verdades que El nos ha revelado.

Nosotros creemos en Dios, y creer en Dios es tener por cierta su existencia y lo que El nos ha dicho y revelado. Cuando yo digo *creo* es como si dijera: *acepto firmemente las verdades reveladas por Dios* o doy mi asentimiento a ellas, por la autoridad de Dios, esto es, porque El es infinitamente sabio santo y veraz, y si creemos a un hombre que puede equivocarse, p. ej. a nuestros padres y maestros, ¡con cuánta más razón debemos creer a Dios, que no puede engañarse ni engañarnos!

El fundamento, pues, de nuestra fe está en la autoridad divina... y sabiendo ya quién es Dios y quién es Jesucristo, forzosamente hemos de creer en El y en todo lo relacionado con El. Y ¿qué nos ha hablado? ¿Qué recitas en el Credo? ¿Qué lees en la Sagrada Escritura? o ¿qué oyes cuando te comentan el Evangelio en el templo?...

Estas cosas las ha hablado Dios. Lo que tenemos, pues, que creer, lo encontramos resumido en el «Credo».

El objeto de nuestra fe es la persona de Cristo que nos ha hablado y como consecuencia sus palabras o verdades reveladas en la Biblia e interpretadas por el magisterio de la Iglesia.

El Concilio Vaticano I dice:

"Dependiendo el hombre totalmente de Dios como de su Creador y Señor, y estando la razón humana sujeta a la verdad increada; cuando Dios revela, estamos obligados a prestarle por la fe plena obediencia de entendimiento y voluntad. Ahora bien, esta fe que «es el principio de la humana salvación», la Iglesia Católica profesa que:

— Es una virtud sobrenatural por la que, con inspiración y ayuda de la gracia de Dios, creemos ser ver-

dadero lo que por El ha sido revelado, no por la intrínseca verdad de las cosas, percibida por la luz natural de la razón, sino por la autoridad del mismo Dios que revela, el cual no puede engañarse ni engañarnos" (Dz. 1789).

La definición que nos da la Sagrada Escritura de la fe es ésta: *"La fe es la firme seguridad de lo que esperamos, la convicción (o prueba) de lo que no vemos"* (Heb. 11, 1).

Hay otras varias definiciones de la fe que no son sino explicaciones de la anterior dada por el apóstol. Y así San Agustín dice: "La fe es una virtud por la que se cree lo que no se ve". Y San Dionisio: "La fe es el fundamento permanente de los creyentes, que los coloca en la verdad y que instala en ellos la misma verdad". Y Santo Tomás: "Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina bajo el imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia" (2-2 q. 2 a. 9).

Necesidad de la fe

La fe es necesaria para salvarnos. El mismo Jesucristo nos lo dice: *"El que creyere (el Evangelio) y fuere bautizado, se salvará, y el que no lo creyere, se condenará"* (Mc. 16, 16). Y en los Hechos de los Apóstoles leemos: *"Creyeron todos los que estaban predestinados a la vida eterna"* (13, 48). Hemos, pues, de creer para salvarnos.

También Jesucristo dijo: *"Procuraos no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da, porque Dios Padre le ha sellado con su sello. Y ellos le dijeron: ¿Qué haremos para hacer las obras de Dios? Jesús les respondió: "La obra de Dios es que creáis en Aquél que El ha enviado"* (Jn. 6, 27-29).

Y San Pablo dice: *"Sin la fe es imposible agradar a Dios, y es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador de los que le buscan"* (Heb. 11, 6).

Aquí se nos dice que "debemos creer en Aquél que Dios nos ha enviado" y que es necesario para todos creer explícitamente *"que Dios existe y que es remunerador"*.

Además, para salvarnos, es necesaria la fe en estos misterios: el de la Encarnación y el de la Santísima Trinidad.

1) *En el de la Encarnación de Cristo,* pues se dice: (Heb. 4, 12): *"Ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podemos ser salvos"...*

2) *En el de la Trinidad,* por no poder creerse una manera explícita, como nota Santo Tomás, el misterio de la Encarnación de Cristo sin creer en la Trinidad...

"El que crea en Jesucristo, no es condenado; el que no cree, ya está juzgado...". Así pues hemos de creer...

Los judíos fueron rechazados por su incredulidad, dice San Pablo, vosotros estáis firmes en la fe... (Rom. 11, 30). El que abandona la fe, dice San Agustín, no está ya en buen camino. Los judíos que no creyeron en Jesucristo, no comprendieron tampoco la Ley ni los Profetas. Los judíos que no quisieron creer, no entraron en la tierra prometida...

"El justo por la fe vivirá", dice el apóstol San Pablo. Así, pues, es necesaria la fe para ser justo, es necesaria para vivir; y si sólo el que vive cristianamente tiene fe, el que no la tiene ha muerto... Y Jesucristo nos dice: *"El que no cree se condenará"* (Mc. 16, 16).

La fe y las obras

Nos conviene tener una idea fija sobre nuestra justi-

ficación, la cual no es otra cosa que "el paso del estado de pecado al estado de gracia", y a este fin quiero contestar brevemente a esta pregunta: ¿cómo nos justificamos?

Tenemos dos textos en la Sagrada Escritura, que a primera vista parecen contradictorios:

— San Pablo dice: *"El hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley"* (Rom. 3, 28).

— Y el apóstol Santiago dice: *"La fe sin las obras está muerta"* (2, 26).

Notemos que cuando *San Pablo* dice que "la fe sin las obras justifica", se refiere a la circuncisión y otras obras de la ley de Moisés, a las que se aferraban tanto los judíos. Estas obras no eran necesarias. Por tanto "la fe (en Jesús, en su Evangelio) sin las obras (u observancias de la ley mosaica) es la que justifica". Además San Pablo hablaba a los infieles y de obras que precedían a la justificación, y éstas no eran meritorias de la gracia, ya que ésta era gratuita...

El apóstol Santiago no habla a los infieles, sino a los ya cristianos o justificados, y por tanto les habla de obras que siguen a la justificación, y a éstos, los ya cristianos, no basta que crean o tenga fe solamente, sino que necesitan que esa fe vaya acompañada de caridad u obras buenas, pues *"no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de Dios, sino el que cumple su voluntad"*, o sea sus mandamientos.

En consecuencia: el que es cristiano o ha recibido la fe, si no practica obras buenas, su fe está muerta, por eso añade:

"Hermanos míos ¿de qué sirve a uno decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso la fe podrá salvarle? Si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad de alimento de cada día, y alguno de vosotros les dijera: "Id en paz, calentaos y hartaros", pero no le dierais lo necesario para el cuerpo ¿qué le aprovechará

eso? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma" (Sant. 2, 14-18).

¿Sobre qué cosas versa la fe cristiana?

La fe cristiana, que es creencia en la palabra de Dios, versa sobre cosas que no podemos percibir con los sentidos o no podemos comprender con nuestro entendimiento.

Las más de las verdades de la religión, son suprasensibles, esto es, no caen bajo el dominio de los sentidos, tales son vg. Dios, el alma inmortal, los ángeles, el cielo, etc.; Muchas son incomprensibles, como el misterio de la Trinidad divina, el Santísimo Sacramento, etc.

Cristo en la última Cena, dijo: *"Esto es mi cuerpo", "esta es mi sangre"*... y nosotros ahora, hecha la consagración en la Misa, creemos firmemente en la presencia real de Jesucristo bajo los accidentes del pan y del vino, aunque los sentidos no lo vean, ni el entendimiento lo comprenda...

San Pablo lo reconoce así al decir: *"Quien come de este pan (consagrado) indignamente, se traga y bebe su condenación... y es reo del cuerpo y de la sangre del Señor"* (1 Cor. 11, 27-29; 10, 14-16).

¿Cómo es posible creer en tantas cosas suprasensibles?

Es muy razonable creer cristianamente en estas verdades cuando nos confiamos a la veracidad de Dios. A los que dicen: "Yo no creo sino lo que veo", y como no ven a Dios ni le comprenden, para ellos no existe. ¿No es esto un absurdo? Porque tú no hayas visto a Dios, creador de este mundo ¿te atreves a decir que no existe? Porque tú no hayas visto quién ha he-

cho el reloj que usas, ni a los que han hecho tantas obras de arte ¿podrías negar que no existió el relojero o los artistas de tales obras? ¿Podrías demostrar que el mundo se ha hecho solo?

Si yo te digo que tengo dolor de cabeza o que estoy pensando en tal cosa ¿te atreverías a negar el dolor o el pensamiento porque tú no los ves? ¡Cuántas cosas no hemos visto y las creemos!

Oigamos a San Agustín: "Yo consideraba, dice, cuantas cosas creía sin haberlas visto, porque pasaron antes de que yo viniese al mundo, por ejemplo: todo lo que narran las historias de los pueblos, y todo lo que había oído de diversas ciudades y países en los cuales nunca había ido... En fin, consideraba cuán firmemente creía que había nacido de tal padre y de tal madre, lo cual no podía saber absolutamente sino por el testimonio de los que me lo afirmaban...".

Lo que decía San Agustín, lo podíamos decir todos, pues creemos en muchas cosas sin haberlas visto, y sa-

Narración: — No ha mucho tiempo, vivía un viejo que no tenía menos de cien años; este anciano que había estudiado durante toda su vida, era uno de los hombres más sabios del mundo. Llamábase *Chevreul.*

Un día que había hecho oración en público, un joven atolondrado de veinte años le dijo: "¿Usted, pues, cree en Dios? ¿Le ha visto usted? — Claro que sí, joven, yo he visto a Dios, no *en Sí mismo,* porque es puro espíritu, pero sí *en sus obras.*

— *Sí, yo he visto su omnipotencia en la magnitud de los astros y en su rápido movimiento.*

— *Yo he visto su inteligencia y sabiduría infinita en el orden admirable que reina en el universo.*

— *Yo he visto su bondad infinita en los innumerables beneficios que me ha colmado.*

— *Y usted, joven ¿no ha visto todo eso?*

— *¿No ve usted al pintor divino en el magnífico cuadro de la creación?*

— *¿No ve usted al mecánico celestial en esta hermosa máquina del mundo?*

— *¿No ve al artista en su obra?*

— *Joven, es usted muy digno de lástima: está usted ciego"*

(Hillaire)

bemos que existen, ya por sus efectos, ya por el testimonio de otros.

Un misionero preguntaba a un árabe del desierto: "¿Por qué crees en Dios? — Cuando yo percibo, respondió él, huellas de pasos en la arena, me digo: *alguien ha pasado por aquí.* De la misma manera, cuando veo las maravillas de la naturaleza, me digo: una inteligencia ha pasado por aquí, y esta inteligencia infinita es Dios".

Uno de los más célebres naturalistas, Linneo, decía: "En medio de las maravillas del mundo he visto pasar la sombra de un Dios eterno, inmenso todopoderoso, soberanamente inteligente, y me he prosternado para adorarle".

Los incrédulos siguen diciendo también: "Yo no puedo creer lo que no comprendo, y como no comprendo a Dios, no existe".

¿Sabe usted qué es la luz, el vapor, la electricidad?... ¿Qué es el cuerpo? ¿Qué es el alma? ¿Qué es la vida?... ¡Misterio! todo es misterio en torno nuestro, y a cada instante debemos inclinar nuestra pobre razón ante muchas cosas que nos vemos forzados a admitir.

Es indudable que nosotros no podemos comprender a Dios, porque lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento; mas aunque muchas verdades religiosas superen nuestro entendimiento, no son por eso contrarias a la razón, como nos dice el Concilio Vaticano I, pues el mismo Dios que nos ha dado la razón, nos ha dado la doctrina revelada, y El no se puede contradecir.

Muchos, por desgracia, que se llaman incrédulos, son ignorantes. No tienen religión, y es que no saben ni el Catecismo de la doctrina cristiana.

Mirando por un telescopio se ven en el cielo muchas estrellas que el ojo no puede apreciar a simple vista. Así es la fe; con el auxilio de la revelación conocemos

muchas verdades que eran desconocidas a la razón. Y así como vemos con el telescopio mejor que a simple vista, y con la luz del sol mejor que con la claridad de una lámpara, así con la fe conocemos las cosas suprasensibles y reveladas por Dios mejor que con la razón.

Proceso de nuestra creencia en las verdades reveladas

Hay una primera verdad que es el preámbulo de todas las otras. Esta es la existencia de Dios, de la cual ya hemos hablado, y de la que continuaremos hablando para precisar más este tema de la fe.

Dios es el que ha querido revelarnos que estamos destinados a verle a El en el cielo, y por esto mismo nos ha dado a conocer las verdades necesarias para nuestra salvación.

Si se nos pregunta: ¿Por dónde sabemos las verdades que Dios nos ha revelado? Contestaremos: Lo sabemos por medio de la Santa Iglesia que es infalible, o sea, por medio del Papa, sucesor de Pedro, y por medio de los obispos, sucesores de los apóstoles, los cuales fueron enseñados por el mismo Jesucristo.

Y ¿dónde tenemos las principales verdades reveladas por Dios? Estas se contienen en la Biblia, especialmente como en resumen en el "Credo", llamado también "Símbolo de los Apóstoles".

La Biblia o Sagrada Escritura es inspirada por Dios, y la Iglesia católica, maestra de la verdad, está encargada por Jesucristo de interpretar su sentido. Veamos ahora brevemente el "proceso de nuestra fe":

1.° Existencia de Dios

Existe Dios. Dios es el único ser increado. Todas las demás cosas han sido creadas por Dios. El es el Ser su-

perior a todos los seres, que todo lo ve, todo lo sabe, todo lo gobierna, y es eterno, inmenso, todopoderoso, poseyendo en grado infinito un número infinito de perfecciones... Y ésta es la primera verdad, que hemos de creer, preámbulo de todas las demás.

2.º Dios nos ha hablado

— Habló a Adán y a Eva, la primera pareja humana salida de sus manos, y de la cual todos descendemos.

— Habló a los patriarcas, a Abraham, a Isaac, a Jacob y a muchos de sus descendientes y habló a Moisés en el monte Sinaí...

— Habló a los profetas, a Isaías, a Ezequiel, a Jeremías, a Daniel y a muchos otros y, por su medio, al pueblo que se llamó pueblo de Dios, Israel.

— En fin, venida la plenitud de los tiempos, nos ha hablado por Jesucristo su Hijo, al cual ha constituido heredero de todas las cosas y para el cual ha hecho todos los siglos (Heb. 1, 1).

3.º Dios, pues, ha hablado y quiere ser creído

Dios quiere que le creamos, y con justicia, porque es nuestro creador, la verdad suma y la suma bondad y santidad. Siendo El la Verdad por esencia, es el que conoce todas las cosas como ellas son, y siendo la suma Bondad, es el que puede dárnoslas a conocer como El las conoce.

4.º Si Dios, pues, nos ha hablado, debemos dar crédito a su palabra y ser sumisos a su voluntad, excluyendo toda clase de duda y admitiendo con toda certeza cuanto me propone para creer.

Si preguntamos: ¿quién me dice que Dios ha hablado a Adán y a los patriarcas y a los profetas y por su medio al pueblo escogido? Y por fin ¿quién me dice que Jesucristo ha hablado? ¿Quién me asegura que

Dios lo ha enviado y ha hablado en su nombre? ¿Quién me dice que todo lo que sé de Jesucristo lo sé de ciencia cierta y sin peligro de error? He aquí los motivos que me inducen a creerlo.

Motivos de credibilidad

Nosotros creemos la doctrina predicada por Jesucristo porque El es Dios y porque con su resurrección y otros muchos milagros y profecías confirmó la verdad de sus palabras, y porque así nos lo enseña la Iglesia fundada por el mismo Jesucristo, a la que tiene prometida su asistencia hasta el fin de los siglos (Mt. 28, 20).

¿Quién, pues, me dice lo que sé de Jesucristo con toda certeza?

1) *¿Quién me lo dice?* Me lo dice la santidad incomparable, excepcional, única de su vida. La excelencia de sus enseñanzas, la sublimidad sin igual de su doctrina, que no permite ni un mal pensamiento, ni un mal deseo; que no reprende sino el vicio, ni deja vicio que no reprenda; que no alaba sino la virtud, ni deja virtud que no alabe...

2) *¿Quién me lo dice? Sus profecías. "Anunciadnos lo que ha de suceder y sabremos que sois dioses"*, decía el profeta Isaías hablando con los ídolos (41, 23). Sólo Dios, cuya infinita sabiduría lo tiene todo presente, sabe lo que está por venir... Existen cientos de profecías, unas acerca de El y verificadas en su persona, hasta los más minuciosos detalles, las que vemos anunciadas en el Antiguo Testamento siglos antes y luego cumplidas en El según aparecen en el Nuevo Testamento, y otras hechas por El, y confirmadas por acontecimientos históricos indudables... (Véase mi libro: *"¿Quién es Jesucristo?"*).

3) *¿Quién me lo dice? Sus innumerables milagros.* No se puede leer ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento sin encontrarnos a cada paso con una sabiduría divina que todo lo dirige, y un poder soberano que todo lo confirma con multitud de milagros. Venid y ved a los paralíticos que ha curado, a los endemoniados que ha libertado, a los ciegos que ha iluminado, a los muertos que ha resucitado; mirad cómo hablan los elementos que ha cambiado sustancialmente, los panes que ha multiplicado, los vientos que ha calmado y las olas sobre que ha marchado... milagros que llenan el Evangelio, de la primera a la última página en número incalculable, milagros públicos y de fácil constatación, milagros, que sobre todo Jesucristo hacía para dar testimonio de su divinidad y de la verdad de su misión, porque el milagro es en realidad la voz por la cual Dios habla y se manifiesta, de tal manera, que si, por imposible, el milagro pudiese obrarse en confirmación del error, como dice San Agustín, a Vos sólo, oh mi Dios, sería imputable el error.

He aquí los motivos de credibilidad, y otros más que pudiéramos exponer. He aquí porque creo, porque la Iglesia me lo propone, y ante todo lo que me determina a creer y me hace hacer esta profesión de fe es ésta: Creo únicamente, porque Dios, bondad infinita, sabiduría infinita, verdad por esencia, ha hablado, y porque al mismo tiempo que su gracia me inclina interiormente a creer que ha hablado, me da exteriormente, *por hechos divinos, milagros sobre todo y profecías,* la prueba sensible de que ha hablado, como dice el Conc. Vaticano I.

En consecuencia:

Conocemos las verdades reveladas por lo que la Iglesia depositaria de ellas nos dice y propone como tales, y conocemos que la Iglesia posee la verdad, por los títulos divinos que presenta. Estos títulos son los motivos de credibilidad: milagros y profecías, testi-

monio de los mártires, pureza, sublimidad y admirable conjunto de su doctrina; la conversión del mundo en medio de tantas dificultades; la estabilidad de la Iglesia a pesar de tantos enemigos y persecuciones... los cuales motivos son tan evidentes y poderosos que rinden el ánimo cuando se miran sin pasión.

Aunque los motivos no nos dan la fe, nos llevan a la puerta del santuario, en el cual entramos por la moción de la gracia divina.

Consecuencias que fluyen de los principios establecidos, son éstas:

1.ª Que la fe es soberanamente razonable, según la expresión de San Pablo: *rationabile obsequium;* que cuando consta que Dios ha habldo, el mejor uso que puede hacer el hombre de su razón es dar crédito a la palabra divina.

2.ª Que la fe excluye no solamente la duda, la incertidumbre y el titubeo, sino que nos dispensa de examinar los misterios para someterlos al juicio de nuestra razón... si bien no está prohibido estudiarlos *cuidadosamente, respetuosamente, prudentemente* (Vat. I) ya para aclararlos entre ellos, ya para que juntamente se aclaren, ya para proceder por su medio, al descubrimiento o aclaración de alguna verdad, sin que nos apartemos jamás de la autoridad divina.

3.ª Consecuencia, es la que proviene de que, siendo la soberana autoridad de Dios revelador, el motivo de credibilidad de las verdades de la fe, ésta no puede ser dividida, aceptándose en un punto y rechazándose en otro, sino que ha de ser total y entera, sin división ni menoscabo, pero no se puede rechazar el motivo por el cual debemos creer todas las verdades de fe, es decir, la soberana autoridad de Dios. Bajo este aspecto, la fe puede compararse a la gracia santificante; a ésta un solo pecado mortal la destruye; a aquélla la negación de una sola de sus verdades, la vicia en su esencia.

4.ª Conclusión. Esta es no menos legítima y aún más práctica. Siendo la fe una verdadera convicción, fundamentada inquebrantablemente en la autoridad divina, es preciso que se manifieste al exterior y sea manifestada con gozo, pues una convicción, si es verdadera, no puede permanecer secreta, y debemos darla todos los cristianos no sólo con palabras, sino con la santidad de nuestra vida.

La fe es don de Dios

La fe, lo dice San Pablo, es un don de Dios (Ef. 2, 8). Cristo vino a traernos su doctrina salvadora, y sólo El con *su gracia* puede darnos capacidad para creer.

Dios nos manda creer por medio de Jesucristo que nos dice: *"El que creyere... se salvará"* (Mc. 16, 16). Es necesario creer en el Evangelio que El nos enseñó, aceptar sus verdades y, ante todo, aceptarle a El como Dios y Salvador.

Santo Tomás nos dice: Para que haya fe se requieren dos cosas:

1.ª Que se propongan al hombre cosas creíbles; proposición necesaria para que el hombre crea explícitamente alguna cosa.

2.ª El asentimiento del que cree las cosas que se le proponen.

En cuanto a la primera, es necesario que la fe provenga de Dios. Pues lo que es de fe excede a la razón humana, por lo cual no cae bajo la consideración del hombre, si Dios no se lo revela.

Sin embargo, a algunos les revela Dios inmediatamente ciertas cosas, como sucedió a los apóstoles y profetas; pero a otros se las propone mediante los predicadores que les envía, según aquello (Rom. 10, 15): *"La fe viene por el oído... y ¿cómo predicarán, si no son enviados?".*

En cuanto a la segunda, esto es, en cuanto al asentimiento del hombre a las cosas que son de fe, hay que considerar dos causas: una que induce exteriormente, como el ver un milagro, o la persuasión del hombre, que induce a la fe, las cuales causas, ni una ni otra son suficientes; pues algunos de los que ven un mismo milagro y oyen una misma predicación, unos creen y otros no.

Por tanto es conveniente poner otra causa interior que mueva al hombre interiormente a asentir a las cosas que son de fe.

Los pelagianos consideraban que esta causa no era otra que el solo libre arbitrio del hombre, y en esto se fundaban al decir que el principio de fe procede de nosotros mismos; es decir, de nosotros en cuanto estamos dispuestos a asentir a todo lo que es de fe; pero la consumación de esa fe nos viene de Dios, el cual nos propone lo que debemos creer.

Mas esto es falso; porque el hombre es elevado sobre su propia naturaleza, y al asentir a las cosas que son de fe, es preciso que esta elevación se la proporcione un principio sobrenatural, que le mueva interiormente, que es Dios... Por razón de lo cual la fe, por lo que concierne al asentimiento, que es el principal acto de ella, proviene de Dios, que mueve interiormente por medio de la gracia (2-2 q. 6 a. 1 c).

Nadie, por tanto, con sus solas fuerzas, consigue la fe. La apologética demuestra la existencia de Dios, la necesidad de la revelación, la realidad de una revelación verdadera, la existencia de una Iglesia católica, depositaria e intérprete de dicha revelación. Pero no produce necesariamente la fe. Quita los obstáculos y demuestra que la fe es un "obsequio razonable"; no más. La fe baja del cielo.

La fe hay que pedirla, hay que prepararse para recibirla, hay que merecerla. Excelente preparación es la vida recta y honrada, según la ley natural, acompaña-

da de la humildad de corazón y de las constantes súplicas a Dios. Dios, que resiste a los soberbios, se acerca a los humildes.

Tenemos ejemplos admirables de fe, recordemos el del régulo: *"Baja antes de que mi hijo muera"* (Jn. 4, 49); el centurión: *"No soy digno de que entres bajo mi techo, di sólo una palabra"* (Mt. 8, 8) y otras más de las cuales ya hablaremos...

¿Cómo comunica Dios la fe?

Para comunicar la fe a los hombres, Dios se vale ordinariamente de la "predicación del Evangelio" (Rom. 10, 17). Otros *medios ordinarios* fuera de la predicación, son: la lectura de la Biblia y de libros buenos, y también de la enseñanza por medio de otros hombres: *San Agustín* creyó en Jesucristo y su doctrina por los sermones de San Ambrosio y por la lectura de la Biblia; *San Ignacio de Loyola* se convirtió de su vida disipada, por la lectura de la Vida de Jesucristo y de los santos...

Ahora conviene advertir que siendo necesaria la fe para salvarse ¿qué sucederá con tantos miles y miles de paganos que no han oído hablar de Jesucristo y no conocen su doctrina? ¿Se salvarán?

A esto respondemos: Conviene saber, como dice Santo Tomás (y lo mismo hemos de decir de los infieles en general), que si uno hubiera crecido vg. en los bosques y entre fieras, siguiendo los dictámenes de la razón y procura hacer el bien y evitar el mal (pues Dios ha grabado en la conciencia de todos estos principios de la ley natural), se puede tener por cierto, que Dios le comunicaría la fe y los medios necesarios para salvarse, ya por la ilustración interior, ya enviándole un mensajero suyo. Así, Pedro fue enviado por Dios

al centurión gentil de Cesarea, Cornelio (Hech. 10), y Pablo a los de Macedonia (Hech. 16)...

Dios comunica principalmente la fe: a los que *se esfuerzan* seriamente por conocer la verdad; a los que *viven* con santo temor de Dios; a los que *piden* este don de la fe verdadera. Si muchos no alcanzan la fe cristiana es porque les falta *buena voluntad* o les *ciega la soberbia.*

A los adultos, como Dios no les da la gracia sin cooperación de ellos, es preciso que se preparen de alguna manera para recibir la fe (C. Trento, ses. 6, 5).

— El cristiano debe *vivir* conforme a la fe y confesarla *exteriormente,* sin avergonzarse de ello (1 Cor. 13, 2; Rom. 10, 10; Mt. 10, 32).

Maravillas de la fe

Veamos las maravillas que el apóstol en la carta a los Hebreos (c. 11) atribuye a la fe:

— *Por la fe ofreció Abel* a Dios un sacrificio superior al de Caín, en razón del cual mereció testimonio de que era justo, dando Dios testimonio favorable sobre sus ofrendas, y por ella, aunque muerto, habla todavía.

— *Por la fe Henoc* fue trasladado para que no viese la muerte; y *"no fue hallado, puesto que Dios le había trasladado".* Pero antes de ser trasladado recibió el testimonio de haber sido grato a Dios.

— *Por la fe, Noé,* avisado por Dios de cosas que todavía no se veían, inspirado por un religioso temor, construyó un arca para salvación de su familia, y por aquella misma fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia según la fe.

Por la fe, Abraham, al ser llamado por Dios, obedeció partiendo hacia el lugar que había de recibir en herencia, y partió sin saber a dónde iba.

— Por la fe emigró a la tierra de la promesa, como a tierra extraña, habitando en tiendas de campaña, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque aguardaba aquella ciudad asentada sobre los fundamentos, cuyo artífice y constructor es Dios.

— *Por la fe también la misma Sara* recibió el vigor para concebir prole, y esto fuera ya de la edad propicia, pues creyó fielmente al que le había hecho la promesa, resultando que de un solo hombre ya extinguido, salieron tantos en número como las estrellas del cielo y las arenas innumerables de las orillas del mar.

En la fe murieron todos ellos sin haber logrado las promesas, pero viéndolas y saludándolas de lejos, y confesando que eran extraños y forasteros sobre la tierra; pues los que así hablan manifiestan ir en busca de una patria y desean la patria celestial...

Este compendio de las maravillas de la fe, puede leerse en el cap. 11 de la carta a los Hebreos.

Zacarías, padre de San Juan Bautista, dudó de la promesa de Dios, y se volvió mudo; creyó, e instantemente recobró el habla (Lc. 1, 64).

San Ambrosio comenta: La fe desata la lengua que la incredulidad había atado.

La bienaventurada Virgen María cree en la palabra del ángel, y el Verbo se hace carne, y el mundo se salva.

Ved las maravillas de la fe en los primeros cristianos. *"Todos los que creían vivían unidos, teniendo todos sus bienes en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según la necesidad de cada uno"* (Hech. 2, 44-46).

"¿No ha escogido Dios a los pobres en este mundo, dice el apóstol Santiago *para ser ricos en la fe y herederos del reino prometido por Dios a los que le amen?"* (2, 5). Dios eligió a los pobres, y los hizo ricos con los dones de la fe. Santiago nos dice sobre el particular que

las verdaderas riquezas no son el oro, ni la plata, ni los vestidos preciosos, sino la fe y la virtudes de la fe...

Todo el que ha nacido de Dios, dice el apóstol San Juan, es vencedor del mundo; y la victoria que nos hace dueños del mundo es la fe (1 Jn. 5, 4).

Las cadenas, las cárceles, el destierro, el hambre, el fuego, las bestias salvajes y los más crueles suplicios, jamás arredraron a los hombres de fe, dice San Bernardo. Véanse los mártires y los santos misioneros... Por la fe, no sólo los hombres, sino las mujeres, los niños y las jóvenes vírgenes han combatido en todo el mundo hasta derramar su sangre.

— Véase a cuánto obliga la fe a los apóstoles... a San Francisco Javier, a San Vicente Paúl, a los santos de todos los siglos...

— Véanse los monumentos edificados en los siglos de fe... La impiedad todo lo destruye... la fe lo levanta...

— ¿Qué es lo que pobló los desiertos, las montañas y los claustros con tantos ángeles de la tierra? La fe...

— ¿Qué es lo que envía a los hospitales y asilos de ancianos tantos millares de santas jóvenes que renuncian a todas las ventajas del mundo para consagrar su vida a aliviar y a compartir las miserias del prójimo? La fe...

— ¿Qué es lo que une la Iglesia católica en todo el universo, de modo que tantos millones de hombres de todas las clases, condiciones, naciones y lenguas no sean más que como un solo individuo? La fe...

— ¿Qué es lo que engendra las herejías, las sectas, los cismas, tantas divisiones y todo ese caos de opiniones diferentes, todas las revoluciones sangrientas y devastadoras? La pérdida de la fe...

— ¿Qué es lo que multiplica los libertinos, los escandalosos, los impíos, los ladrones, los adúlteros y los asesinos? La pérdida de la fe...

— ¿Qué es lo que mantiene la paz, la unión, el respeto, la prosperidad, de generación en generación, en las familias? La fe...

La fe es el fundamento de los imperios, de los reinos, de las naciones, de las provincias, de la sociedad y de la familia...

La fe hace buenos a los gobernantes, buenos a los ministros, bueno al legislador, bueno al juez, bueno al sacerdote, buenos a los padres, buenos y piadosos a los hijos y produce verdaderos fieles...

¿Por qué muchos no creen?

Hay hombres que no creen en Dios. ¿Por qué? Porque se olvidaron de El, dice Mons. Tihamér Tóth. ¿Pero es posible que el hombre se olvide de Dios? ¿Que se olvide de que este mundo no se hizo por sí mismo y que no podría sostenerse ni un solo momento por sus propias fuerzas? ¿Es posible que no nos acordemos de Aquél en el cual *"vivimos, nos movemos y somos"*. ¿Cómo es posible? ¿Cuál será la causa?

Puede ser la siguiente: el hombre se llena por completo de las cosas de este mundo; se llena hasta el punto de no dejar ya lugar en sí para el otro mundo, para las cosas de Dios.

Causa asombro ver hasta qué punto se extingue en algunos todo rasgo noble y deseo elevado. Hay personas que al hablarles del alma, de la vida ultraterrena, de la moral, de la responsabilidad, se sonríen con aire de superioridad, como hacen los animales en los cuentos, al ver que existen hombres que caminan sobre dos piernas y no andan a cuatro patas como ellos.

Naturalmente, si el hombre se llena hasta el borde de este mundo terreno, material, no quedará en él lugar para Dios. Para dar entrada a Dios en nuestro aposento hemos de quitar muchos estorbos.

Leí un caso de cierto empleado que por intereses materiales renegó de su fe. Su director espiritual procuró probarlo lo necio de su conducta, por desgracia, todos sus argumentos quedaron fallidos, pues el renegado repetía obstinadamente:

— No me convence. No puedo convencerme.

En esto, el sacerdote escribió en una hoja de papel, con letras muy pequeñas, esta palabra: "Dios", y presentó este papel a los ojos atónitos del empleado: — ¿Lo ve? y él dijo: Lo veo.

Tapó entonces la palabra con una moneda de oro: Y ahora ¿lo ve?

— Ahora no. Ahora no veo más que el oro.

— Por desgracia, ha dicho usted la verdad —contestó el sacerdote—. No ve más que el oro. Y a causa del oro no ve a Dios.

¡Cuántos hay así, hombres embriagados por el brillo de los valores terrenos, que a causa del fulgor deslumbrante del oro no ven a Dios y le olvidan! En ellos pensaba Jesucristo al decir en la parábola del sembrador, que "los cuidados de este siglo y el embeleso de las riquezas la sofocan (la palabra divina) y queda infructuosa" (Mt. 13, 22).

Otros se oponen a Dios, porque tienen un falso concepto de El, y no faltan quienes "llegan a la incredulidad por su vida pecaminosa", y estos son los que no tienen interés en no creer en Dios...

Las principales causas del ateísmo vienen a ser éstas: *el orgullo,* que obscurece la razón, y la *corrupción del corazón,* al que molesta y espanta la existencia de Dios.

Bien podemos decir que los que no creen o aparentan no creer en Dios, son, por lo general, *pobres ignorantes,* que no han estudiado nunca la religión; o gente malvada, *orgullosos, ladrones, libertinos, interesados* en que Dios no exista para que no les castigue según se lo merecen...

La incredulidad proviene las más de las veces de falta de instrucción o de la mala vida, pues los que viven mal, no reciben la verdad. El vicioso no quiere creer, pues si creyera habría de enmendar su vida, y prefiere los deleites y bienes momentáneos de esta vida, que percibe con los sentidos, a los eternos de la futura, que no ve. Por eso decía un impío a un buen cristiano: ¡Oh cristiano infeliz, y cuán chasqueado te hallarás si no hay cielo! Mas el cristiano le contestó muy bien: ¡Oh infeliz impío, y cuánto mayor será tu desengaño si hay infierno!

Ventajas de la fe

"Creed en Dios y nada temeréis" (2 Cr. 20, 20). *"La fe borra los pecados"* (Prov. 15, 27). *"Dios se manifiesta a los que tienen fe"* (Sab. 1, 2).

Después de haber admirado y hecho admirar Jesucristo la fe del centurión, le dijo: *"Vete, y hágase contigo según has creído. Y en aquella hora quedó sano su criado"* (Mt. 8, 13).

Presentaron a Jesucristo un paralítico tendido en una camilla, y Jesús viendo su fe, dijo al paralítico: *Hijo mío, ten confianza,* tus pecados han sido perdonados. Y enseguida añadió: *Levántate, toma tu camilla y vuélvete a tu casa. Y se levantó y se fue a su casa* (Mt. 9, 6 ss).

— Una mujer enferma de un flujo de sangre durante doce años, se acercó a Jesucristo y tocó el extremo de su vestido. *Porque decía para sí: Con sólo tocar su vestido quedaré curada. Volviéndose Jesús, la vio y le dijo: Hija mía, ten confianza, tu fe te ha curado: y aquella mujer quedó sana desde aquel momento* (Mt. 9, 20-22).

— Otro día fue Jesús andando sobre el mar hacia sus discípulos: *"Al verle ellos andar sobre el mar, se*

turbaron y decían: Es un fantasma. Y de miedo comenzaron a gritar. Pero al instante les habló Jesús diciendo: Tened confianza, yo soy; no temáis.

Tomando Pedro la palabra, dijo: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. El dijo: Ven. Bajando de la barca, anduvo Pedro sobre las aguas y vino hacia Jesús. Pero, viendo el viento fuerte, temió, y comenzando a hundirse, grito: Señor, sálvame.

Al instante Jesús le tendió la mano, le agarró diciéndole: Hombre de poca fe ¿por qué has dudado? Y subiendo a la barca, se calmó el viento. Los que en ella estaban se postraron ante El, diciendo: Verdaderamente, tú eres Hijo de Dios" (Mt. 14, 25-33).

— Habiendo Jesús entrado en una casa, se le acercaron unos ciegos a quienes preguntó: *¿Creéis que yo pueda hacer lo que me pedís? Y ellos contestaron: Sí, Señor. Entonces tocó sus ojos diciendo: Hágase en vosotros según vuestra fe. Y sus ojos se abrieron* (Mt. 9, 28, 30).

— Una mujer cananea dijo a Jesús con grandes voces: *"Señor, hijo de David, tened lástima de mí; mi hija se halla cruelmente atormentada por el demonio. Jesús no le contestó una palabra. Entonces ella fue a postrarse delante de Jesús diciendo: ¡Señor, socórreme! Y El contestó: No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos. Mas ella dijo: Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen bajo la mesa de sus señores.*

Entonces Jesús le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Suceda lo que tú quieras. Y desde aquella hora quedó curada su hija" (Mt. 15, 22-28).

— Se acercó un hombre a Jesús y, doblando la rodilla, le dijo: *Señor, ten piedad de mi hijo, que es lunático y padece mucho, porque con frecuencia cae en el fuego y muchas veces en el agua; le presenté a tus discípulos, mas no han podido curarle. Jesús respondió: ¡Oh gente incrédula y perversa!, ¿hasta cuándo tendré que*

estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? Traédmelo acá. E increpó al demonio que salió, quedando curado el niño desde aquella hora.

Entonces se acercaron los discípulos a Jesús y aparte le preguntaron: ¿Cómo es que nosotros no hemos podido arrojarle? Y Él les dijo: Por vuestra poca fe; porque en verdad os digo que, si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible" (Mt. 17, 14-19) *"Todo es posible al que cree"* (Mc. 9, 22).

"Todo el que crea en Jesucristo, no perecerá, pues tendrá la vida eterna" (Jn. 3, 15).

"Porque has visto, Tomás, has creído. Dichosos los que sin haber visto, han creído" (Jn. 20, 29).

Propiedades de la fe

Hemos de tener fe, pero la sola fe no basta para la salvación, porque es preciso vivir "conforme a la fe" y confesarla ante los hombres.

1) *Nuestra fe ha de ser firme,* porque el fundamento de nuestra creencia es la veracidad de Dios, y no debe admitir vacilación o duda, como la de Abraham (Rom. 4, 18-19). Tengamos presente que la fe tiene por garantía y por base la palabra de Dios, interpretada por la Iglesia, que ha recibido el don de infalibilidad. Sabiendo positivamente por la autoridad de la Iglesia que Dios ha hablado, no debemos cuidarnos más que de creer lo que ha dicho y creerlo firmemente; compréndase o no, poco importa; la certidumbre está allí, y esto basta. No me engañaré nunca, y estoy seguro de no engañarme, creyendo con los patriarcas y los profetas y todos los justos de la Antigua Ley, creyendo con Jesucristo, Hijo de Dios, con la Santísima Virgen, su divina Madre, con San Juan Bautista, los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes; ceyen-

do con la Iglesia y todos sus Concilios universales, con todos los Santos Padres y teólogos, con los Santos de todos los tiempos y lugares, edades y condiciones; creyendo lo que el universo católico ha creído siempre firmemente; creyendo con cuantos verdaderos cristianos, hombres y fieles y virtuosos han existido...

2) *La fe debe ser entera y universal.* Debemos creer todo lo que Dios nos manda creer por medio de su Iglesia. El que niega un artículo de fe, los niega todos. Debemos aceptar todas las verdades reveladas por Dios sin excluir ninguna. La palabra de Dios está aquí: *"Id, instruid a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado, pues sabed que Yo estaré con vosotros siempre hasta el fin de los siglos"* (Mt. 28, 19-20; Mc. 16, 16). No debemos olvidar que la primera y gran verdad que todos debemos aceptar es Jesús de Nazaret. El es la fuente y plenitud de la revelación.

La Iglesia es columna y fundamento de la verdad (1 Tim. 3, 15), y "la fe es una", dice San Pablo (Ef. 4, 5). No se divide, ni varía jamás. ¿Tenemos todos esta fe entera? ¿Nos sucede alguna vez creer lo que nos place, y no creer lo que nos conviene? Si así fuese, no podríamos decir que tenemos fe.

3) *La fe debe ser humilde y dócil. "No tratéis de comprender lo que es superior a vuestra inteligencia,* dice la Escritura; *no escudriñéis lo que aventaja las fuerzas de la razón: ocupaos más bien de lo que Dios os ha mandado, y evitad ser curiosos en las obras de Dios. No es necesario que vuestros ojos vean y que comprendáis las cosas ocultas. Porque también en el orden natural veis muchas cosas que no comprendéis"* (Eclo. 3, 22-25).

"El hombre sensato y lleno de fe cree en la Ley de

Dios, y esta ley no le engaña", añade la Escritura (Eclo. 33, 3).

"Si en materia de fe pudiéramos dar razones evidentes, dice San Agustín, no sería fe, sino ciencia. Acordémonos de que Dios puede hacer algo incomprensible para el hombre; pues de otra manera, o no sería Dios, o el hombre sería Dios".

El que quiera sondear la majestad infinita del Altísimo, quedará abatido por su gloria y su luz inacesible (Prov. 25, 27).

Si nuestra religión no conteniese misterios, no sería divina; sería fabricada por hombres, sería puramente humana... Creamos, pues, humildemente...

4) *La fe debe ser constante,* con la voluntad resuelta de no abandonarla jamás, como los mártires (Mt. 10, 28; 2 Jn. 1, 9).

5) *La fe debe ser viva.* La fe del cristiano debe ser una vida que, además de implicar la aceptación personal de Jesús y de toda su doctrina revelada, debe estar actualizada por la caridad, o sea, práctica y llena de buenas obras. Si de la fe no proceden buenas obras, no es verdadera fe.

La fe sin obras se parece a un árbol sin fruto, a un lámpara sin aceite. La fe verdadera ha de ir hermanada con la caridad de Dios y la gracia santificante. La fe que vivifica es la que salva (entiéndase la fe integral, que abarca la persona de Jesús, como hemos dicho y toda la doctrina revelada).

La fe que es el fundamento de las virtudes, exige que las practiquemos. Según San Ambrosio: "La fe es el fundamento de todas las virtudes", y así es en hecho de verdad: "Si me quitáis la fe ¿qué virtudes me dejáis especialmente cristianas? ¿Cómo he de esperar y amarle, si no creo en El? ¿Cómo he de practicar la humildad y ser casto... si no creo que Dios me impone estas virtudes con expreso mandamiento, reservándome castigos terribles en caso de infracción?".

La fe, virtud teológica e infundida por Dios en nuestra alma (juntamente con la gracia santificante en el bautismo), como virtud dispone nuestro entendimiento y lo inclina para que asintamos firmemente, sin asomo alguno de duda, a todas las verdades reveladas por Dios, apoyados en la autoridad infalible del mismo Dios que las revela. (El niño, mientras no llegue al uso de la razón, no puede valerse del hábito de la fe, ni ejercitar su fe, hasta que tenga uso de razón y concurran con ella la gracia de Dios y la instrucción cristiana; mas los adultos, como Dios no les da su gracia sin cooperación de ellos, es preciso que se preparen de alguna manera para recibirla: Conc. Trento, 6).

Nuestra fe ha de ser viva, como si viéramos con nuestros ojos lo que Dios nos dice, y tocásemos con nuestras manos y oyéramos con nuestros oídos las cosas sobrenaturales...

Para adelantar en la perfección no basta tener fe, es necesario vivir la vida de fe. El que tiene simplemente fe, cree en las verdades reveladas, pero las ve como de lejos y como en pintura; pero el que tiene *espíritu de fe* y vive esta vida, las ve de cerca, como si fueran realidad, como si viéramos con nuestros ojos lo que nos dice Dios.

Viva es la fe del buen cristiano que ve, como con los ojos, la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, y oye al predicador sagrado como si oyese a Jesucristo.. ¡Oh, si viviéramos la vida de fe, qué distintas serían entonces nuestras acciones, nuestro hablar y pensar, nuestra manera de entrar en el templo!...

Avivemos nuestra fe

"La muerte de la fe, dice San Bernardo, es la separación de la caridad. ¿Creéis en Jesucristo? Haced lo

que hizo Jesucristo, para que viva vuestra fe. Anime el amor vuestra fe, y sean las obras la prueba de su existencia".

¿De qué sirve, dice San Cipriano, ser virtuoso en palabras, y criminal en acciones? El que cree en Jesucristo debe obedecerle, y no al mundo.

"Tenemos la señal de la salvación, si añadimos obras a nuestra fe; porque el que practica lo que cree, es el que cree realmente" (S. Greg. M. Moral).

"La fe combate por medio de las obras, y cuando la fe combate, no se vive según la carne" (S. Agustín).

Es muy cierto que Jesucristo no se conoce sino por la fe, y no se tiene fe tal como Dios la pide, sino con la observancia de la Ley de Dios... Por esto, dice el mismo San Agustín: No se engañe el alma creyendo conocer a Dios, si sólo lo confiesa con fe muerta, es decir, sin buenas obras.

¿Qué es creer en Dios? dice también San Agustín. Es amarle creyendo, ir a su encuentro, e incorporarse a El creyendo. Tal es la fe que Dios exige de nosotros.

— ¿Cree el hombre que abandona la oración? No, si creyese, oraría...

— ¿Cree el blasfemo? No; porque está escrito: *No jurarás en vano el nombre de Dios...*

— ¿Cree el profanador del domingo? No; porque está también escrito: *Acuérdate de santificar el día del Señor...*

— ¿Cree el impúdico? No; porque también dice la Sagrada Escritura que jamás los impúdicos verán a Dios...

Los apóstoles, los mártires y los santos de todos los siglos han creído con una fe viva; sus admirables obras, sus virtudes heróicas y sus ejemplos sublimes lo atestiguan... Imitémoslos.

Medios para tener fe...

Siendo la fe necesaria para la salvación, hemos de guardarla con firmeza y fidelidad, aun cuando ello suponga sacrificios arduos y hasta el sacrificio de la propia vida, y a este fin hemos de poner los medios que están a nuestro alcance para tener fe y conservarla:

1.° *La oración* ante todo "para que no desfalleza nuestra fe. La oración ferviente alcanza una fe inquebrantable" (S. Agustín).

2.° *Oír la palabra de Dios,* pues la fe proviene de ella, es el resultado de la predicación. ¿Cómo podrían invocar el nombre del Señor tantos gentiles, cómo podrían creer en El *"si de El nada han oído hablar"* (Rom. 10, 14). La fe necesita el vehículo humano de los sentidos: *"La fe proviene del oír, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo".* La palabra de Dios es pues un poderoso medio para tener fe y practicarla... Lee la Biblia. ¿Has leído al menos los Evangelios?...

3.° *Humildad y sumisión* a la autoridad divina, manifestada por la Iglesia. El que quiera tener la fe debe cultivar la humildad... Cuando la fe es sana, dice S. Juan Crisóstomo, no se busca, sino que se cree fielmente; porque no puede hallarse por medio de discursiones y disputas...

4.° *Limpieza del corazón.* La fe surge por sí misma de un corazón recto y puro; y por este camino se llega pronto a la plenitud de la fe...

Seamos predicadores de nuestra fe

¿Cómo lo hemos de ser? Con palabras, pero antes con nuestra vida y nuestro ejemplo. Reflexionemos: "El que viere mi vida ¿se volverá mejor, se sentirá

más fuerte? ¿Notará en su alma deseos de acercarse a Dios?" ¿Nos atreveríamos a repetir lo que dijo San Francisco de Asís? Un día se dirigió de esta manera a uno de sus frailes: "Vamos a predicar".

Se fueron por las calles; no se pararon en parte alguna, y Francisco no pronunció ni una sola palabra en todo aquel camino. Al llegar a casa, el Hermano preguntó con timidez:

— Padre ¿lo habéis olvidado — ¿Qué es lo que he olvidado, Hermano?

— Dijisteis que íbamos a predicar. — Ya hemos predicado —fue la misteriosa respuesta—.

En efecto, habéis predicado. Donde quiera que ponía sus pies Francisco, humilde, absorto en Dios, ardiente de amor, predicaba aun sin proferir palabra. Los hombres le miraban y se encendía en ellos el deseo de ser como él, de ser tan puros, tan sencillos, de estar tan contentos como el Santo de Asís.

Un joven me llamó a mí un día la atención, y luego supe que se había apropiado esta máxima ignaciana: "Seré de tal manera mi porte exterior que llame a devoción al que me mira".

"Donde está un cristiano, allí predica", dijo Tertuliano. Predica con su ejemplo, con su comportamiento y con su vida.

Si tu vida es conforme a la moral cristiana, confirmas a los demás en la vida honrada; si tu vida es frívola, los incitas al pecado y a la frivolidad. El que contempla tu vida mala, recibe en su alma la semilla del mal; el que advierte tu bondad, siente que su pecho se enardece y es atraído por el bien.

Muchos necesitan de nuestra confesión de fe, y por ella hemos de trabajar de un modo resuelto.

Son generalmente conocidas las graves palabras del Señor: *"A todo aquél que me reconociera delante de los hombres, Yo también le reconoceré delante de mi Pa-*

dre, que está en los cielos. Mas a quien me negara delante de los hombres Yo también le negaré delante de mi Padre, que está en los cielos" (Mt. 10, 32-33).

En el año 1919, durante el dominio de terror de los comunistas en Hungría, Oscar Fáber, un comisario del pueblo, fue en visita de inspección a una escuela de muchachas, y les hizo preguntas de historia. Una muchacha de dieciséis años, de familia distinguida, dio toda una conferencia llena de patriotismo y religiosidad. Fáber se puso pálido de furor y gritó a la muchacha.

— Camarada ¿no sabes que yo puedo hacerte colgar por esa conferencia?

— Lo sé, mas no temo —contesto la muchacha—. Y si me hace colgar, en el otro mundo yo rezaré por usted...

Ante éste y otros casos semejantes, casi nos parece ver la figura de San Pablo cuando escribe sus magníficas palabras: *"No me avergüenzo del Evangelio"* (Rom. 1, 16).

Cada uno de nosotros debemos imitarle diciendo: No me avergüenzo de la doctrina, de los mandatos, de los dogmas del Evangelio; los acepto, los traduzco en mi vida, los propago y los defiendo... No me avergüenzo de tener el libro del Evangelio y de leerlo con frecuencia, para predicar mejor a Cristo y sus enseñanzas.

Tengamos presente que "sólo podemos llamarnos cristianos si confesamos valientemente nuestra fe". Y termino este libro con la frase de San Isodoro de Sevilla:

"Dichoso el que creyendo rectamente vive bien, y viviendo bien conserva la fe recta".

INDICE

Págs.

PRESENTACION 3
LA FE CRISTIANA 5
— Planteamiento del problema de la fe 5
— Otros testimonios acerca de Jesucristo 6
— Por la Biblia y la naturaleza Dios nos habla 8
— ¿Qué es la fe cristiana? 9
— Necesidad de la fe 11
— La fe y las obras 12
— ¿Sobre qué cosas versa la fe cristiana? 14
— ¿Cómo es posible creer en tantas cosas suprasensible? 14
— Proceso de nuestra creencia en las verdades reveladas 17
— Motivos de credibilidad 19
— La fe es don de Dios 22
— ¿Cómo comunica Dios la fe? 24
— Maravillas de la fe 25
— ¿Por qué muchos no creen? 28
— Ventajas de la fe 30
— Propiedades de la fe 32
— Avivemos nuestra fe 35
— Medios para tener fe 37
— Seamos predicadores de nuestra fe 37